

## **El día en que le deseó la muerte a un querido.**

El vestigio de ser que se ve postrado en esa cama de hospital con sus montones de metal, de un color que no provoca ni tristeza y que además se aprovecha de la convalecencia de este para dejarlo inamovible, es el abuelo de alguien no de cualquier alguien, es mi abuelo y le deseo la muerte, no solo por su estado físico que no es el mejor, pero es bueno para alguien de 106 años, sino también por su estado mental y emocional, tal vez él no quiera morir en este momento y considere que le falta algo por hacer aunque ya no tenga conciencia de eso, pero, por mi parte considero que ya hizo todo lo que pudo y trascendió de una manera profunda en la vida de una ciudad, sin olvidar también la de su familia. Pero como llegue a esta conclusión es algo difícil de relacionar con lo que me paso ese día.

Un día dominical con todos sus trajines colombianos, levantarse de la cama, que en mi caso es un sofá cama café de cuero que da calor excesivo cuando permaneces y hace que te quites la cobija, pero está acción de dormir en un lugar poca habitual para las personas en sano juicio, se da gracias a la dicha que tienen los mosquitos de darse un banquete con mi sangre, esos mosquitos que reúnen a una familia completa alrededor de la utilización de una sandalia como medio de contra ataque. Después de salir de ese horno con cojines, camino sobre un piso de madera que me da la primera sensación de frío del día, que luego seguirá al cuerpo, pero este camino de madera solo lleva a las puertas de un lugar de dicha e ingesta, la cocina, un nevera blanca como las vacas blancas, una estufa de metal brillante como el bombril para la losa y gavetas de madera que es lo único que le da una sensación de naturaleza a todos estos inmuebles. Dentro de las gavetas está algo muy especial para el desayuno de cada uno de nosotros que recibimos el desayuno de la abuelita “queridona” que bailaba con uno en las fiestas de diciembre justo cuando al primo se le había apagado el Xbox, el elixir del que hablo es esa pasta de chocolate que combina también con la arepa con queso y el huevo revuelto. Metí esa pasta en una chocolatera, esperando no hacer un reguero, pero es inevitable que las manos poco acostumbradas al calor de esa estufa pongan delicadamente la “pastica”, los que no tienen experiencia la dejan caer con tal violencia que el agua, o la leche en este caso, se riega y se expande hacia los más recónditos lugares de la estufa, haciendo más complicada su limpieza, pero esto no me importaría si mi mamá no estuviera allí, cual vigilante de la noche en mi espalda, dando el primer regaño de día, garantizando un incómodo alegato de mi parte, de por qué yo debo experimentar por mí mismo y aprender. Prosiguiendo con el chocolate, volví a dormir para esperar que estuviera listo, así que el horno me recibió durante 5 minutos más, para despertarme con el reguero que provocó ahora el chocolate encima de la estufa, un mal día para esa estufa. Finalmente obtuve una taza de chocolate que le quitó al frío en mi cuerpo la dominancia sobre mí, ahora seguí ese

tema del desayuno, pero no les voy a mentir cuando viene mi mamá, mis labores culinarias se reducen, así que lo único que hice fue mirar como la maternidad actuaba sobre esa arepa, ese queso y unas tostadas, desgraciadamente no había huevos, pero igual ese desayuno, te daba una sensación tan agradable como si por un solo momento todas las cosas se arreglaran y no hubiera más problemas, yo lo llamaría un desayuno descansado. Después de esto la gente pensaría que me fui a hacer pereza al horno o a una cama con una vista panorámica y típica al televisor, que estaría con la imagen de uno de esos programas infantiles que presentan en los canales públicos de Colombia, pero la verdad me gusta bañarme, inmediatamente después de está ingesta me hace sentir liviano, así que entro a esa jungla de baldosines verdes y paredes blancas y simplemente me baño y dejo de lado todos esos asuntillos del desayuno para convertirme en un hombre de media mañana. Ese hombre de media mañana a veces ni se da cuenta de que se ha vestido, así que perdí la conciencia de vestirme, solo sé que salí vestido del baño, usando una bermuda y una camisilla esqueleto, debido a que el tiempo en Medellín es tan cambiante que, puedo entrar al baño y para cuando salgo, ya hay otra sensación térmica, otro tiempo, casi que otra vida. Esto me hace pasar a una actividad que me llena siempre hacer a las 10:00 am, tocar contrabajo, eso que parece un guitarrón, un arpa o un violín gigante, descripciones que la gente en la calle le da a ese instrumento por su tamaño, pero antes de hacer estas actividades artísticas, se necesita estirar un poco los dedos, las extensiones y algunos tendones, pero esto es sólo un proceso que te da más ansias de estar tocando y dejar de calentar, pero es un procedimiento importante. Pasar los dedos por esas cuerdas y sentir como vibran incesantemente como el sonido de un olla pitadora, pero mucho más grave, esto desearía comentar que se da durante una hora, pero no sería fiel a la verdad si no dijera que mi incursión musical de ese día se acabó a la media hora, obedeciendo a ciertas condiciones de comodidad que mi papá necesitaba para sentir realizada su visita.

Cuando llega mi papá, suena unos pitos del carro que él maneja que anuncian el seguro de las puertas y las alarmas, pero no solo se lo anuncian a él, también a Luna, la perra de la casa que comienza a agitar su cola a mas no poder y a dirigirse hacia la puerta con la intención de ver a una persona que vio hace ocho horas, pero que para ella es una eternidad sin caricias y halagos de él. Para que ese encuentro se dé, tengo que bajar tres pisos y abrir 2 rejas, y volver a cerrarlas y subir, algo aburridor hasta el cansancio, pero grato para Luna que recibe su saludo deseado y que por fin obtiene su saludo deseado.

Luego viene la típica “cantaleta” de parte de mi papá, en pro de la culturización a través de programas de animales y su comportamiento, o geografía y sus funciones, en los canales de ciencia. Ese discurso que no sigo es el pan de cada domingo que tiene sus visitas, las cuales me alegran por su presencia pero me desagradan por

su incesante cantaleta. En este debate familiar, se desgasta lo que quedaba de la media mañana.

El medio día, de ese particular día comienza, con la propuesta paterna de ir a visitar al abuelo más longevo pensionado, mi abuelo, el cual se encontraba un “poco” enfermo. Acepte sin repudio alguno a esta propuesta, al igual que los demás integrantes de la familia, considerando a Luna, también a Luna un miembro de esta. Nos subimos a ese animal negro de cuatro ruedas, llamado camioneta, a surcar las calles necesarias para llegar al norte del departamento a un pueblo llamado, Girardota, el cual veo poco pintoresco en sus expresiones arquitectónicas. Aunque admiro en parte la tranquilidad que se siente llegar al barrio donde está mi abuelo, que aunque no es como una finca, no se observan esos agites constantes que da la vida urbana sobre el comportamiento de las personas en la ciudad aunque se escucha el ambiente alto de algunos imprudentes del sonido, pero esto se obvia y se omite, por la esencia de mi visita a ese barrio. La bajada del monstruo de cuatro ruedas fue lenta, fue emotiva, no solo por qué no imaginaba el estado en que encontraría mi abuelo, sino que encontré cierta energía en hacer estos actos lentos, energía que me da positividad y aires de superioridad, no para con mis familiares, sino para conmigo mismo, superioridad que me hace sentir bien, pero ese estado no durara mucho.

Camine, 6 pasos de elefante hasta la puerta, levante mi brazo formando un ángulo de 90 grados entre mi tronco y mi brazo, y acerque la yema de dedo índice derecho hacia el plástico sucio y poco agraciado 2 timbre color crema, solo para saber que este no servía a mi objetivo, y finalmente analizar que me tocaría llamar a mi tía.

La llame unas cuatro veces, ¿Para qué?, para que me recibiera, un perro de esos pequeños, que tienen manchas cafés y negras, este me ladraba desde el balcón, tal con la intención de anunciarme así, como a Luna se lo hace el pito de la camioneta de mi papá, a ese revoloteo de ladridos acudió mi tía, para saludar y bajar las llaves a través de una canasta atada a una cuerda, esa costumbre que reafirma nuestra pereza y demuestra nuestro ingenio. Se me indicó que la llave blanca sería la que abriría la puerta de entrada a esa terciaria edificación, pero la verdad ninguna llave correspondía a esa descripción así que las probé una por una, hasta que la mas delgatida y chata, abrió la puerta, dejando así por fin, el ingreso de nosotros y nuestra perra.

Subimos tres pisos de escaleras embaldosadas, de un color café, para posteriormente, empezar una seguidilla de abrazos y saludos, que precedió a un montón de minutos lúgubres y silenciosos, que produjeron lágrimas en algunos presentes y solo silencio de otros. Por mi parte, mi silencio era de curiosidad de saber a qué se debía tanta sacudida emocional en este antro de comida y pasillos. Esos antros develaban en su final un cuarto a la derecha, sin puerta, oscuro, del

cual irradiaba la vibra que poseía toda la casa, en esa habitación, había una cama, una cama metálica y clínica, ya mencionada. Pero al lado de esa cama, había una mesa de noche y en esa ella, cuanta medicina para el cuidado hiper extenso de una persona puede existir, guantes, cremas, pastas, líquidos y jeringas, especialmente eso jeringas, con pony malta, el único proceso por el cual el viejo ingería un poco de alimento, si, si da tristeza, ver a esos niños de Africá, no poder tomar agua porque no la tienen, como no da tristeza ver a un querido, no alimentarse no porque no pueda si no porque no quiere tener alimento que su cuerpo no va a tomar dichos nutrientes para sus huesos y músculos, su cuerpo y su mentalidad han elegido desnutrirse, los pocos recuerdos que pude llegar a conocer se desvanecieron ya de su cabeza y la fuerza de aquel hombre que planto más de 300 árboles en Medellín y otros pueblos desapareció, para dejar la fuerza para pedir medianamente bien, malta de dicha jeringa, y la memoria de como sabe la malta. Pero dicho estado también tenía un efecto secundario sobre el aspecto de mi abuelo, que tapaba su cuerpo, que solo usaba un pañal, con una cobija peluda del color de la espuma de su única bebida, por estos días. Su cuerpo era arrugado y esquelético, era como si alguien hubiera venido a dragar de mi abuelo, todo la grasa y los músculos, su piel era como un papel, el cual puedes romper si no cuidas delicadamente de tu rose con ella, además hay que añadir que la cantidad de operaciones que le han hecho a mi abuelo, son incontables con los dedos, esas incursiones quirúrgicas le causan gran dolor, dolor que expresa constantemente tocándose la calva. Finalmente termino este examen del estado de mi abuelo, con un beso tierno en su calva.

El resultado de este análisis es que mi abuelo debería morir, le desea una cosa tan buena como el descanso eterno, en su caso. Todo el día lo había pasado muy bien, pero termine el día pensando algo tan malo, pero a la vez tan bueno para él. Que conflictiva es una relación de querer, pero de mi opinión, solo se escuchara un rotundo no, a que mi abuelo siga dejando huella en este mundo, deseo que su huella quede intacta, a como está en este preciso momento. Idealizo que mi abuelo trascendió al menos en mi mente, por qué aunque no pude compartir mucho con él, su sola presencia fue mucho para mí, pero quiero que se convierta en este momento más importante su ausencia.

***Simón Torres Moreno.***